

LA NOCHE MÁS FRÍA

Contemplaba a su padre con orgullo y admiración. Siempre le había considerado un héroe, por todas esas historias que le había contado cuando era más pequeño, como la de cuando había huido de la guerra, atravesando desiertos sin apenas comida y con tan solo una pequeña cantimplora, caminando bajo el sol ardiente del verano y la lluvia congelada del invierno, día y noche, hasta llegar a su destino. Esa era su historia favorita.

La voz del locutor de radio le sacó de su ensimismamiento:

-Esta noche se espera una fuerte ola de frío proveniente del norte de Europa. Las temperaturas bajarán hasta -10°C . Se aconseja a la población no salir a la calle y, si lo hacen, que lleven ropa adecuada. Será la noche más fría en los últimos veintitrés años.

Harún no escuchó nada más. Se había quedado helado, no del frío, sino de la noticia que acababa de escuchar y que llevaba tiempo temiendo. Hacía ya dos años que su madre había muerto de una hipotermia, y le asustaba que le pasase lo mismo a su padre. Las palabras que acababa de escuchar le traían muy malos recuerdos, y el miedo se apoderó de él al pensar que algo parecido podía sucederle a su padre.

Le miró una vez más, hambriento, sediento y débil, y decidió que haría todo lo posible por salvarle. No le dejaría morir de frío, como le ocurrió a su madre...

-Ahora vuelvo, papá, voy a por agua a la fuente -le mintió a su padre, y se dispuso a irse.

-¡Espera! -Harún se volvió pensando que su padre no le dejaría ir-. Te olvidas las botellas.

Aliviado, Harún recogió las botellas de plástico amarillento del suelo y se encaminó a encontrar algo de ropa de abrigo para su padre y para él.

Eran las 7:30, y estaba empezando a anochecer. En la mano, Harún llevaba un abrigo gordo de piel y una manta en la que se podían ver manchas de comida por todas partes. A él eso no le importó: su padre ya no moriría de frío, y eso era lo que importaba.

Al llegar, una sonrisa se dibujó en el rostro cansado de su padre que, tras ver las mantas, le preguntó:

-¿De dónde las has sacado? Hace tiempo que dejaron de llegar paquetes de las ONG, y las pocas mantas que había no alcanzan para todos.

-No importa de dónde las haya sacado, tenemos mantas, eso es lo que importa. -su padre presentaba una mirada triste y de desconfianza.

-No, Harún, no me digas que... -su rostro cambió drásticamente-. Otra vez no...

-Papá, tranquilo, sé lo que hago -le contestó Harún con arrogancia.

-No, no, no lo sabes. Harún, ¿de dónde has sacado las mantas? -le preguntó en un tono mucho más serio que el de hacía unos minutos.

-Está bien... Las tenía ese desgraciado de ahí al lado... el de la barba larga -dijo Harún sin darle mucha importancia, señalando a un hombre que aparentaba cien años, pero que en realidad tendría unos cincuenta.

-¿Desgraciado? -su padre hizo una pausa, respiró hondo, y prosiguió- ¿Me estás diciendo que le has robado a una persona que está en la misma situación que nosotros? ¡Y encima le llamas desgraciado! ¿O sea que nosotros también somos unos desgraciados? Ahora mismo estoy muy avergonzado de que seas mi hijo... -su padre se tapó la cara con la mano- Ese pobre hombre... Va a morir por tu culpa...

Harún empezaba a darse cuenta de lo que acababa de hacer: había condenado a la muerte a un hombre inocente...

-No tenía otra opción, papá...

Harún empezó a llorar.

-Hijo mío... Sé que esto lo haces por mí, porque no quieres que me pase lo mismo que a tu madre... Y lo comprendo, de verdad, pero tienes que entender que ese señor lo necesita tanto como nosotros... Tienes que devolvérsela.

Harún bajó la cabeza.

-No puedo... No puedo presentarme allí con sus mantas como si no hubiese hecho nada... Me tomará por ladrón.

-Es que te has comportado como un ladrón, Harún, atente a las consecuencias.

Unos minutos después, Harún estaba al lado del hombre al que había robado, observándole, y pensó: "¿Cómo habrá sido la vida de este hombre? ¿Tendrá familia? A lo mejor está solo, no tiene a nadie... Quizá le haría un favor si no le devolviese... ¡No!", Harún despejó esos pensamientos de su mente.

Dejó las mantas al lado del cojín en el que estaba tumbado y se marchó. Dejó de lado la única oportunidad que tenía para salvar la vida de su padre, pero salvó otra vida.

A las dos de la madrugada del día 25 de diciembre, mientras que en Madrid una familia feliz comía turrón al lado de una gran chimenea rodeada de paquetes de todos los tamaños y colores, en el campamento de refugiados, al igual que muchas otras

personas, Harún y su padre estaban cada vez más helados, tiritando y sin comida, abrazándose y luchando por sobrevivir.

-¿Por qué? -le preguntó Harún a su padre-. ¿Por qué pasan estas cosas? ¿Por qué el frío no es igual para todos? ¿Por qué unos tienen mantas y otros no?

-Algún día eso cambiará. Ya lo verás.